

JARDÍN DE LIBROS

Sí, así es en efecto, mi sueño más recurrente es estar en medio de un jardín que en lugar de flores produce libros. Libros pequeños, grandes, rojos, azules, multicolores. Será que tengo el vicio de la lectura. Si no empecé a leer en el vientre de mi madre es que ahí no había luz. Calculo que he leído en el transcurso de mi vida varios millones de palabras. A eso he dedicado mucho de mi tiempo. Por eso es justo, y lo acepto, que un libro me de la sentencia de muerte que muy pronto terminará con mi vida.

También sé que por tanto leer no he podido vivir mi vida propia a plenitud. Encerrado en mi cuarto leyendo he visto por la ventana pasar el amor, revueltas populares, grandes alegrías y grandes tragedias. En cambio cuántas vidas de otros no he vivido, con la ventaja que estas vidas tienen un principio y final rápidos, dependiendo sólo de la velocidad de lectura. No se tiene que esperar nueve meses para tener un hijo, diez y siete años para terminar los estudios, sesenta y cinco años para que llegue la jubilación. En un libro cualquiera estos sucesos ocupan un párrafo cuando mucho. Qué terrible, y aburrido, sería si por un milagro técnico o religioso le fuera dado a uno vivir toda la historia del hombre paso a paso, desde que se transformó de pez en mono, de mono a hombre, que éste aprendiera a utilizar la piedra, después los metales, que inventara sus religiones, creara imperios, los destruyera, volviera a fundar nuevas civilizaciones hasta llegar a la época actual. Mil veces más cómodo estar sentado en un sillón y en pocos días o semanas leer como los egipcios construyeron sus pirámides, los leones se devoraron a los primeros cristianos, a Napoleón le puso los cuernos su amada mientras el conquistaba al mundo o los europeos se destruían entre sí para pasarle el poder a Estados Unidos. Todo esto es apasionante y sobre todo descansado.

Otra de las ventajas de vivir vidas ajenas es repetir cuantas veces quiera uno una acción determinada. Mil veces rodará la cabeza de María Antonieta, el guardabosques se desnudará cientos de veces frente a Lady Chatterly, el Quijote atacará una y otra vez a los molinos de viento, Cleopatra o Julieta morirán las veces que queramos. Si así fuera en la vida real, repetir hasta el hastío la entrega de la mujer amada, la emoción del nacimiento del primer hijo, la libertad de la prisión, la curación de una enfermedad, el final de una guerra, acabaría por aburrirnos.

Yo he tenido emociones que serían imposibles en la vida cotidiana al identificarme con personajes diversos. He sido mujer y he sufrido como tal, me he convertido en gigante, en guerrero, boxeador, amante apasionado, rey, cura y mendigo, aventurero, impotente, santo y criminal, Papa y brujo. He padecido los dolores de parto o los tormentos en la Torre de Londres, he participado en grandes orgías con los Borgias, descubrí América y fui enterrado vivo o comido por las fieras, pinté la Capilla Sextina y leí al pueblo, desde el Monte Sinaí, los diez mandamientos.

Me lectura siempre ha sido miscelánea, después de un libro de filosofía puedo leer tranquilamente uno de aventuras y a continuación un ensayo económico de los países del tercer mundo. Aunque reconozco que algunos libros marcaron las distintas etapas de mi vida. De muy pequeño me leyeron La Cenicienta, La Bella Durmiente, Caperucita Roja, Blanca Nieves. Curioso, pero todos esos cuentos tenían como protagonista a una persona del sexo femenino. Noches enteras me quedé sin dormir por temor a las brujas, a los gigantes que te comían de un solo bocado, dragones que te arrojaban fuego por la boca. Esperé en vano a la hada madrina que hiciera que los maestros me pusieran diez en la escuela, me llevaran a cuevas llenas de tesoros o a navegar en el ancho mar. Crecí y me convertí en Tom Sawyer, Oliver, Artagnan. Fui pirata, bucanero, piloto. Salgari, Verne y Dumas fueron mis perceptores. Debajo de mi cama tenía mi espada de madera.

Lo que haga yo de notorio al pasar de boca en boca se va transformando y de la verdad casi no queda nada. En cambio nada de eso pasa con los personajes. Siempre hacen lo mismo y todos lo conocen de primera mano. El Doctor Fausto se enamora de Margarita, Emma Bovary se suicida, Lázaro se levanta.

Me he enamorado de cientos de mujeres a las que conozco en su intimidad, sé de su sensualidad y también de sus miedos, lo que han sufrido o disfrutado. Unas bellas y otras no tanto. Me enamoré de Julieta, Dulcinea, María, Cleopatra, Madame Curie, Juana de Arco, Beatriz, María Magdalena, Emma, la Sirenita y tantas otras. Todas dispuestas a complacerme, a relatarme sus pensamientos y deseos más íntimos.

Mi juventud se llenó de libros románticos, de aventura y sexo. Fui Werther, Romeo, Don Juan, el hombre de la máscara de hierro. En Sin Novedad en el Frente fui soldado, con Cuerpos y Almas quise estudiar medicina y con El Filo de la Navaja filosofía. La Historia de Saint Michel me produjo una emoción romántica que aún me dura. Al terminar el Mundo Feliz, el Lobo Estepario y las obras de Kafka o Sastre

decidí que no valía ya la pena vivir y hasta pensé en el suicidio, el acto más romántico de todos.

Jardiel Poncela me hacía reír, Cronin llorar, Dante pensar, Hamsum soñar, Sade excitarme, Milton aburrirme, Lagerloff emocionarme. Tan bueno era uno como el otro. Skakespeare lo mismo que Gallegos, Dante que Proust.

Con dos libros no pude, y lo confieso ahora, uno fue la Biblia y el otro el Quijote. Este último me lo tenía que aprender de memoria en la escuela. Mucho de lo escrito no lo entendía. Es hasta ahora que lo disfruto. La Biblia ni antes ni ahora. Me aburre y me asusta por sus crímenes, sus incestos, sus venganzas, su crueldad, su discriminación racial y de género, su tendencia homosexual no abierta sino velada, llena de amenazas y pecado.

Me enamoré de la que fue mi mujer y después me abandonó diciendo, con razón, que le daba más tiempo a los libros que a ella. Pero mientras duró el amor logré que me gustaran por vez primera los poetas. De un tirón me leí a Amado Nervo, Gutierrez Nájera, Neruda, Lorca, Hernández, Machado, Santa Teresa y Sor Juana. Los poetas extranjeros no lograron emocionarme como los de mi propia lengua. Yo mismo traté de versificar y lo hice del modo más cursi posible. Todo ese material se convirtió en basura. Con la poesía moderna me pasó lo mismo que con la Biblia. No pude con ella. O no me decía nada o no la entendía. Claro, con alguna excepción.

Junto a los libros de filosofía vino el descubrimiento de nuevos escritores que hablaban de mis problemas, de mis deseos y frustraciones. Fue un ir y venir entre libros de psicología, especialmente Freud, de sociología, de historia. Nietzsche y Malaparte, Kant y los dos Millers, Jung de la mano de Papini. Marx disputando mi tiempo a France o a Maupassant. Esa época fue la de mi gran intolerancia hacia los demás. Yo era el culto y ellos los imbéciles que sólo les preocupaba el football y los autos.

Con los años vino la madurez en muchos sentidos. Mi lectura se hizo más ordenada. Empecé a buscar en los libros mis raíces. Dejé de leer a autores que necesitaban traducción a nuestra lengua para dedicarme a los latinoamericanos, a los españoles y sobre todo a la de mi país. Me deslumbraron Borges, García Márquez, Rulfo, Carpentier, Vargas Llosa, Paz, Garro, Leñero, Arriola y muchos más.

Con la vejez, si así puede llamarse a un hombre de sesenta y ocho años, vinieron los achaques físicos: disminución de la agudeza visual y auditiva, la úlcera, el reumatismo y una lista interminable de malestares. En mi caso que acción más lógica que encontrar en los propios libros el diagnóstico y el tratamiento. Yo no iba a ir a

perder mi tiempo haciendo antesalas y pagando tanto a los médicos. Para eso están los libros.

Uno de ellos fue el que analizó uno a uno todos mis síntomas y llegó al diagnóstico de que tenía yo cáncer pancreático y me dio un mes de vida. De tratamiento ninguno, sólo medidas para disminuir los dolores.

Con esta sentencia a muerte dada por un libro se cierra el círculo de lectura. Dejaré de leer a Saramago y a tantos otros que hubiera deseado conocer. No tiene caso desesperarse pues nada se puede lograr.

En lo que me queda de vida trataré de leer algunos de mis libros preferidos, comenzaré con El Principito. Después me iré feliz a mi jardín de libros. Ahí descansaré para siempre.

Tomás Urtusástegui

Febrero 2007